

con ella comenzó en Europa una revisión del arte negro, de los valores culturales negros. En París se quedó. Si tuvo frío de niña, su cuerpo era cálido. Una belleza escultural. Josefina Baker no lo utilizó solamente para triunfar —Folies Bergères, Casino de París—, sino para exhibir que la raza negra es bella, como en el «slogan» que muchos años después inventarían los luchadores negros: «Black is beautiful». Josefina Baker se enfrentó con la moral de su tiempo, con las cos-

tumbres de su tiempo, y el dinero que ganó —millones y millones— lo invirtió en la continuación del combate. Mas que revolucionaria, Josefina Baker fue rebelde, y lo ha sido hasta su muerte, casi en el escenario, después de una reaparición en el Bobino de París, con la que pensaba continuar la defensa de sus adoptados. Hacia poco tiempo la habíamos visto en Madrid, en unas breves apariciones en el teatro Fuencarral. Iba a ser su último viaje. ■

ACTORES

Continúa el convenio, continúa el conflicto

● No suele estar bien vista por mucha gente esta situación insólita de los actores; no ya la huelga, no ya las detenciones, sino el fondo inmediato de todo ello: la firma de un nuevo convenio colectivo. Resulta que, entre otras numerosas cosas que pasan inadvertidas, los actores piden mil pesetas diarias (mínimo) por su trabajo en teatro, y por si esto fuera poco piden, además, la función única (ocho a la semana), en lugar de las doce que vienen dando desde que consiguieron su día de descanso semanal. La cifra de mil pesetas debe sorprender a cualquiera, y, sin embargo, no es nada astronómica ni injusta esa cantidad, por cuanto, como ellos mismos dicen, no se trata de ganar mil pesetas los trescientos sesenta y cinco días del año, sino «aquellos en que trabajamos, y en ocasiones trabajamos dos o tres meses nada más».

En estos momentos existe, al parecer, un paro que alcanza al 80 por ciento de la profesión. No es un paro determinado tanto por «la situación económica» como por la estructuración del teatro en general. Los actores piensan que este es un punto que deben solucionar en el orden de sus reivindicaciones. En definitiva, el movimiento de los actores tiene como meta la más correcta organización posible de su profesión y, en definitiva, la más útil, lógica y decente organización del teatro, que no sería sino una organización eficaz de un importante medio de cultura.

Serán muchos los problemas a debatir hasta lograr todos los objetivos no ya previstos, sino necesarios. De momento, esos problemas se sitúan alrededor de la firma de un nuevo convenio colectivo que, como el lector ya conoce, ha originado más de una situación insólita. Porque, además de ese paro, la profesión de actores consideraba que no estaba representada en este convenio por quienes ellos habían elegido. Mientras los actores proponían a su «comisión de los onces», en su lugar, se aceptaba a unos vo-

cales sindicales que no tenían, al parecer, interés ni formación suficiente para embarcarse en discusiones de sutilezas imprevisibles; conversaciones, en definitiva, con los empresarios.

A pesar de todo, comenzó a discutirse ese convenio, aun sin «los onces». Y ahora, mes y medio después de comenzadas las reuniones y a un par de días vista de la finalización del convenio, los actores solicitan una suspensión provisional del mismo, dado que, por el momento, esas discusiones no han obtenido un resultado aceptable. Los empresarios no han hecho aún su oferta, el tiempo pasa y los actores no obtienen una información suficiente sobre lo que se está haciendo para ellos mismos. La suspensión de las conversaciones tendría como fin aprovechar las próximas elecciones sindicales a celebrar en mayo, y con ello tantear la posibilidad de ser representados por quienes ellos consideran más útiles y eficaces.

Ninguna respuesta hay aún a su solicitud, y el tiempo sigue pasando. Los vocales han prometido solicitar una asamblea general para informar a todos los actores de las cláusulas del convenio antes de que éste se firme. Pero son pocos, al parecer, los vocales que asisten a las deliberaciones y muchos actores se preguntan con qué autoridad van a informar de lo que los vocales mismos desconocen.

Desde hace años, los actores —los cómicos— han vivido las únicas circunstancias que les dejaban, sirviendo un teatro que no correspondía a la necesidad de una sociedad adulta, trabajando a trancas y barrancas y aceptando lo que los demás le regalaban. Hoy, han decidido dignificar una profesión en orden a la calidad de su trabajo y a la calidad de la vida que pueden mantener con él. No en otro sentido hay que entender las reivindicaciones de los actores, que siguen, paso a paso, en busca de un teatro mejor. Veremos cómo se suceden los acontecimientos. ■

La Capilla sIXtina

AÑOS DE PENITENCIA

Tengo un libro en las manos. Así empezaba un programa cultural de TVE en los primeros tiempos. Y de alguna manera el punto de arranque es válido, porque, en efecto, tengo un libro en las manos. Me resulta difícil dejarlo. Lo manipulo. Lo aprieto como buscando el esqueleto de su volumen. Es un libro de Alianza Tres, entidad que no hay por qué confundir con la Triple Alianza, aunque todo el mundo es muy libre de confundir lo que quiera. El libro se titula "Años de penitencia". Está escrito por Carlos Barral Agesta; Carlos para los amigos serios; Carlitos para los amigos frívolos; Don Carlos para un viejo portero que hace años te introducía por la escalerita de un derecha de Editorial Seix y Barral; Barral para los que hablan de él como un editor-institución; Carlos Barral para los que saben y aprecian que es uno de los mejores poetas españoles en ejercicio.

Confieso que he leído el libro de un tirón en busca de esas revelaciones que prometen las Memorias, porque la publicidad de lanzamiento del libro me lo ha presentado dentro de ese estuche. Al acabarlo descubro que los datos podrían ser falsos y seguiría siendo un libro hermoso. Yo ya sabía que la vida de Barral no ha sido la de Papillón ni la del general De Gaulle. Y que además el autor, en "Años de penitencia", sólo ha reflejado esos años de infancia y adolescencia en los que las cosas nunca pasan fuera de uno mismo. Con más motivo en este libro, donde el ensimismamiento de la conciencia enferma de todo niño o adolescente se refuerza por lo mortecino de una realidad ensimismada. El ritmo de escritura de Barral parece ha-

berse ceñido al "tempo" de nuestra realidad de los años cuarenta, contemplada por un adolescente sensible, por situación social más atento a captar las tragedias grotescas de nuestra posguerra que las otras tragedias, nada grotescas. Me he preguntado algunas veces durante la lectura del libro si el ritmo, es decir, esa velocidad lenta de las oraciones e incluso de las palabras de una en una, se había adaptado al de la época. La adecuación parece exacta. Y a falta de la segunda parte de la obra en la que el propio Barral me dé o no la razón, creo estar en disposición de asegurar que el ritmo va a ser el mismo, porque todo autor y todo hombre pertenece a la patria de la infancia y en ella aprende a respirar, paso previo para aprender a escribir.

Pedir perdón por pertenecer a una clase que no había perdido la guerra civil.

Pedir perdón por no haber adivinado a tiempo que bajo los puntos cardinales impuestos había otros puntos cardinales en espera de tiempos mejores.

Pedir perdón por la mediocridad de una realidad heredada.

El autor no ha podido escapar a ese complejo de culpa que él atribuye a la burguesía catalana que lo parió. Espero con muchas ganas el segundo tomo, como voraz cliente de esta hermosa literatura que nos ha ofrecido Barral. Como incorregible fisgón en el comportamiento ajeno, quiero saber si Barral va a respirar de otra manera en la década de los cincuenta y los sesenta. Cuando él mismo fue uno de los protagonistas del inicio de una larga marcha desde los años de penitencia a los años de la resurrección de la carne.

SIXTO CAMARA